

JENOFONTE, *Anábasis*, introducción, traducción y notas de Óscar Martínez García, Alianza Editorial (Biblioteca Temática núm. 8281), Madrid, 2006, 367 pp.

Cuando el 401 a.C. Ciro prepara en secreto una expedición contra Artajerjes, el Gran Rey, Jenofonte cuenta con apenas treinta años de edad. Invitado a adherirse al contingente espartano que combatía al lado de Ciro, nuestro escritor, ávido de aventuras y honores, tomó parte en esta epopeya, seguramente la más pintoresca que jamás haya vivido y narrado un soldado griego. En efecto, las vicisitudes de esta expedición constituyen el tema de la *Anábasis*, escrita años después, durante su retiro de Escilunte, entre el 379 y el 371. Sobre el mérito y valor literario de Jenofonte, a raíz de una traducción del polígrafo ateniense en la colección Bernat Metge publicada en 1923, escribió el humanista Joan Crexells lo siguiente:

[...] ¿Qué valor puede tener para nosotros una traducción de Jenofonte? En la literatura griega no se puede decir que Jenofonte esté entre los primeros puestos. Al lado de Homero, de los trágicos, de Aristófanes, de Tucídides, de Platón, de Demóstenes, Jenofonte ocupa un modesto lugar de segunda fila. Los que hemos citado son genios, Jenofonte es un talento.

Pero la lección es esta: sin ninguna concepción genial, con unas cuantas ideas justas, pero derivadas de una sensibilidad poco extensa, Jenofonte, por gracia de una facultad de expresión justa, elegante y de una capacidad de razonamiento limitada, pero exigente, es un gran escritor. Y es que Jenofonte, tal vez en otra época, con unos otros maestros, no habría llegado a dar el producto que ha dado. Pero Jenofonte utiliza las exigencias del razonamiento de los sofistas y de Sócrates, el espíritu de fidelidad a los hechos de Tucídides, la transparencia en la expresión que caracterizó siempre la prosa y la poesía griega, y lo pone todo al servicio de sus modestas finalidades. Cuando razona, nunca llega a los últimos fundamentos; cuando analiza un hecho, nunca llega a las últimas causas; cuando se propone algo su finalidad nunca es la más elevada que pudiera suponerse. Su estilo no es siempre un ático perfecto. Pero la señera combinación de todas sus cualidades justifica que se le llame clásico.

En estas obras que acaban de publicarse en ningún caso se halla una intuición genial, pero todas las ideas que expone se diría que están al alcance de

cualquier inteligencia. Y ni por un solo momento es vulgar. El estilo nunca llega a la intensidad que se halla, por ejemplo, en Tucídides. Nunca, sin embargo, se debilita ni se desvanece.

La lección de Jenofonte es que no hay que tener ideas sublimes para ser un gran escritor. Pero que hay que escribir cuando se tienen ideas y no simples gérmenes de ideas.

Que no hay que tener un estilo en uno u otro sentido extraordinario para escribir. Pero que no hay que dejar el estilo a medio camino de lo que se pretende explicar.

Ni hay que preocuparse constantemente por los problemas religiosos últimos para escribir. Pero que hay que preocuparse por algo y que se escriba sobre las cosas por las que uno se preocupa.

En fin, que no hay que razonar hasta los últimos principios al tratar sobre una cuestión, pero que es justo y lógico razonar con rigor y modestia para fundamentar los propios pareceres.

Porque Jenofonte, sin tener ninguna de estas grandes cualidades tampoco tenía aquellos grandes defectos, es considerado con justicia un clásico [Cito según la edición de Joan Crexells, *Obra completa*, vol. 1, La Magrana, Barcelona, 1996, pp. 547-548].

Son harto numerosas las traducciones jenofoneas que han visto la luz, en diferentes lenguas y en diferentes épocas. De modo especial, la traducción de la *Anábasis*—gracias sobre todo a su privilegiada presencia prácticamente ininterrumpida en los planes de estudio— ha sido acometida exitosamente en numerosas ocasiones y por diversas manos. En 1552 Diego Gracián de Alderete inaugura la nómina de traductores de Jenofonte al castellano, siendo la suya una versión que vehiculaba unos deseos concretos dirigidos a los gobernantes de la época. De este Jenofonte se llegó a decir que es «lo mejor que en punto a traducciones de prosistas griegos posee nuestra lengua» (Menéndez y Pelayo) y gozó de merecida fama hasta el primer cuarto del s. XX. Lo cierto es que hasta 1930 no se publica una nueva versión de la *Anábasis*: será la de Ángel Sánchez Rivero. En 1952 lo hace el colombiano Julián Motta Salas. En la década de los sesenta llegará el turno de Joan B. Xuriguera (1965) y Francisco P. Samaranch (1969). En 1971 se publica la edición preparada por Juan Alcina Rovira y Francisco L. Cardona Castro, en 1976 la de Vicente López Soto. En 1982 la Biblioteca Clásica Gredos daba paso a la que se ha considerado como la primera

versión con un verdadero aparato filológico, a cargo de Ramón Bach Pellicer. El siglo se cerraba con la de Carlos Varias García (1999, que hoy cuenta con una segunda edición ampliada, de 2004), también con generosas anotaciones y muy cuidada.

Un adagio común entre los traductores viene a recordarnos que, si un clásico vale la pena, éste debe ser vertido por lo menos tres veces en un siglo. Podría antojarse a cualquiera, pues, que la abundante plétora de traductores de la *Anábasis* hacen de esta obra un trabajo innecesario en el día de hoy. Sin embargo una lectura por ligera que sea observará que hay matices, expresiones más fieles, más felices, incluso una nueva atmósfera en cada una de las versiones. Proponemos, pues, la lectura del famoso pasaje del libro IV cuando, al cabo de un sinfín de penalidades, el ejército griego vuelve a ver el Egeo (*Anábasis* IV 7, 21-24). Se deja ver fácilmente cómo la tendencia a la fluidez en la prosa intenta suplir el ritmo austero, en ocasiones más primitivo, de cada una de las anteriores traducciones.

a) Gracián (1552)

Al quinto día llegaron al monte sagrado, nombrado Teques, en donde los primeros que subieron, viendo el mar, comenzaron a dar voces y alaridos. Oyendo esto Jenofonte y los que venían en la retaguardia, temieron que los enemigos acometían la vanguardia. Porque les seguían muchos de aquellos cuyos lugares habían quemado y destruido; y los de la retaguardia habían matado a algunos, y cogido a otros, en una emboscada, quitándoles cerca de veinte escudos encubiertos de cuero de buey, de mucho pelo.

Mas como las voces y el ruido fuesen mayores mientras más se acercaban, así de los postreros que corrían como de los primeros, y cuanto más subían tanto mayores eran las voces, parecióle a Jenofonte que no era cosa de disimular, y subió a caballo tomando consigo a Licio y otros jinetes para ir en su socorro. Llegados más cerca oyó las voces y alaridos de los soldados, que gritaban: “¡El mar! ¡El mar!”, transmitiendo el grito de unos a otros. Entonces subieron todos corriendo; retaguardia, acémilas y caballos avanzaron rápidamente.

b) Sánchez (1930)

Al quinto día llegaron a la cima de la montaña llamada Teques. Cuando los primeros alcanzaron

la cumbre y vieron el mar prodújose un gran vocerío. Al oírlo, Jenofonte y los que iban en la retaguardia creyeron que se habían encontrado con nuevos enemigos, pues les iban siguiendo los de la comarca quemada, y los de la retaguardia habían matado algunos y cogido otros vivos en una emboscada, tomándoles veinte escudos hechos con mimbre y pieles crudas de buey de mucho pelo. Pero como el vocerío se hacía mayor y más cercano y los que se aproximaban corrían hacia los voceadores, como el escándalo se hacía más estruendoso a medida que se iba juntando mayor número, parecióle a Jenofonte que debía de tratarse de algo más importante, y, montando a caballo, se adelantó con Licio y la caballería a ver si ocurría algo grave. Y enseguida, oyeron que los soldados gritaban: ¡El mar!, ¡el mar! y que se transmitían el grito de boca en boca. Entonces todos subieron corriendo; retaguardia, acémilas y caballos vivamente.

c) Bach (1982)

Y llegan a la montaña al quinto día. El nombre de la montaña era Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cima, se produjo un gran griterío. Al oírlo Jenofonte y los de retaguardia, imaginaron que otros enemigos los atacaban de frente, pues les seguían por detrás gente procedente del territorio incendiado. Los de retaguardia mataron a algunos e hicieron prisioneros tendiendo una emboscada, y también capturaron unos veinte escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos.

Dado que el griterío se hacía más grande y más cercano, que los que avanzaban ininterrumpidamente se dirigían a la carrera al encuentro de los que gritaban sin parar y que el griterío se hacía mayor a medida que aumentaba el número de gente, pareció a Jenofonte que se trataba de algo más importante. Montó a caballo y, escoltado por Licio y sus jinetes, acudió en su ayuda. Y pronto oyen a los soldados que gritan: “¡Mar, mar!”, y que lo transmiten de boca en boca. Entonces todos corrieron, incluso los de retaguardia. Las acémilas y los caballos eran azuzados también.

d) Varias (1999)

Y llegaron a la montaña en el quinto día, montaña que se llamaba Teques. Cuando los primeros hombres alcanzaron la cima y observaron el mar, se produjo un gran griterío. Al oírlo, Jenofonte y los de la retaguardia creyeron que otros enemigos los atacaban de frente, ya que por detrás los seguía gente procedente del país que estaba siendo quemado, y los de la retaguardia habían

matado a algunos de ellos y habían hecho prisioneros a otros en una emboscada que les tendieron; además, habían tomado alrededor de veinte escudos de mimbre cubiertos de pieles de buey sin curtir con pelos.

Como los griegos aumentaban y se acercaban, como los que continuamente llegaban corrían hacia los que gritaban sin parar y como el griterío se incrementaba tanto más cuanto más gente había, le pareció a Jenofonte que era algo bastante importante, y montando en su caballo y tomando como escoltas a Licio y a sus jinetes, acudieron en ayuda. De pronto, oyeron a los soldados gritar “¡El mar, el mar!” y pasar la consigna de boca en boca. Entonces empezaron a correr todos, hasta los de la retaguardia, y las bestias de carga y los caballos eran espoleados.

e) Martínez (2006)

Al quinto día llegaron, efectivamente, a una montaña de nombre Teques y, apenas los hombres de vanguardia alcanzaron la cima, se organizó un gran griterío. Al oírlos, tanto Jenofonte como sus soldados de la retaguardia creyeron que la cabeza del ejército estaba siendo atacada por nuevos enemigos, pues a sus espaldas les seguían las gentes cuyo territorio habían incendiado; de hecho, la retaguardia había dado muerte a algunos y había capturado a otros en una emboscada, adueñándose de una veintena de escudos de mimbre recubiertos de cuero de buey sin curtir.

A medida que los gritos se hacían más intensos y cada vez más próximos, y dado que, poco a poco, la gente que llegaba se iba sumando a los que no paraban de gritar, de forma que cuantos más acudían mayor era el vocerío, Jenofonte pensó que ocurría algo especialmente grave, por lo que, subiéndose a su caballo, tomó consigo a Licio y al cuerpo de caballería y acudió en su auxilio; de repente, oyeron a los soldados proferir un grito que corría de boca en boca: “¡El mar, el mar!”. En ese instante, la retaguardia entera se echó a correr hacia allí, azuzando también a las bestias de carga y a los caballos.

Que Óscar Martínez cuenta con los aciertos de las traducciones que le preceden nos parece innegable. Constatamos, a su vez, que su prosa, fruto de larga experiencia con la traducción del griego, se lee con facilidad y que hay un esfuerzo notable para captar el gusto del lector, haciéndola muy asequible. Pero por otro lado Martínez sabe que hay que sacrificar a veces la exactitud con respecto al original porque podría impedir

el avance suave de una prosa cómoda. Se trataría, en definitiva, de evitar que una traducción deje ver a las claras que se trata precisamente de una traducción. Una frase como la que precede los gritos de θάλαττα θάλαττα (§ 24) reza así en el original: ἐδόκει δὴ μείζον τι εἶναι τῷ Ξενοφῶντι, καὶ ἀναβὰς ἐφ' ἵππων καὶ Λύκιον καὶ τοὺς ἱππέας ἀναλαβῶν παρεβοήθει. Mientras los demás traductores optan por verter μείζον por «algo (más) bastante importante» (demasiado libre Gracián: «no era cosa de disimular») Martínez se inclina por «algo especialmente grave»; también tenemos ahí la prueba de los dos participios, ἀναβὰς y ἀναλαβῶν, que pueden quedar bien como gerundios, o bien asimilarse uno de ellos con la acción de παρεβοήθει. A la agilidad para dar cauce a estas formas nominales se añade sin duda el problema de la terminología técnica: los fragmentos reproducidos son testimonio de que han caído en desuso palabras como «acémila» (solo a partir de Varias, «bestias de carga») pero también se observa cómo los traductores han hecho progresos para ofrecer una traducción que, a su vez, sirva de definición. Del pasaje anterior, veamos cómo se alude a un botín (§ 22) en el original: γέρρα ... δασειῶν βοῶν ὠμοβόεια. En este caso parece que los traductores han ido depurándose los unos a los otros: «escudos encubiertos de cuero de buey, de mucho pelo» (Gracián), «escudos hechos con mimbre y pieles crudas de buey de mucho pelo» (Sánchez), «escudos de mimbre recubiertos de piel de buey sin curtir y con pelos» (Bach), «escudos de mimbre cubiertos de pieles de buey sin curtir con pelos» (Varias), «escudos de mimbre recubiertos de cuero de buey sin curtir» (Martínez). Tanto en éste, como en otros muchos ejemplos, el esfuerzo de Martínez es notable para trasladar en un registro muy esmerado y actual una obra canónica de la literatura griega como es la *Anábasis* de Jenofonte. Si en algo nos parece que podría mejorar tal vez sea en la breve noticia de su Introducción y en las notas a pie de página, siempre concisas y útiles, pero menos numerosas que en otros trabajos. En todo caso, el completísimo Índice de nombres propios (habrá que corregir «Cersaunte» en p. 356) puede suplir perfectamente la falta de algunas de ellas.

Ramón TORNÉ TEIXIDÓ

